—German, recordadme mañana al llegar á Paris que os entregue cincuenta luises como prueba de mi satisfaccion.

—No dejaré de hacerlo. Pero el señor príncipe es demasiado bueno.

La noche se pasó tranquilamente; y si el príncipe hubiera estado en la plenitud de sus fuerzas, quizá la alegria hubiera ahuyentado el sueño; pero la extremada debilidad que sentia le hizo dormir hasta por la mañana con un sueño reparador y no interrumpido.

Cerca de las diez llegó á Ville d'Avray un landó atestado de colchones y cogines.

Héctor, condenado á observar una dieta casi absoluta hacia algunos dias, se moria literalmente de hambre.

El doctor le permitió hacer una pequeña colacion, compuesta de una chuleta y un huevo fresco, escanciado todo con medio vaso de vino añejo de Burdeos.

La cuenta del fondista se pagó con una esplendidez verdaderamente de príncipe, y en seguida se colocó al enfermo en los colchones y el landó tomó al paso el camino de Paris.

XIII

El trayecto desde Ville d'Avray hasta Paris, se efectuó con lentitud aunque sin contratiempo.

Las predicciones del médico se realizaron; no solo este corto viaje no agravó el estado del herido, sino que ni aun le produjo la menor fatiga.

A las dos de la tarde llegó el landó á la calle de Francisco I, y entró en el patio del hotel, donde todos los criados esperaban el regreso de su jóven amo, á quien por espacio de dos dias creyeron muerto.

El príncipe fué sacado del coche con precauciones infinitas, colocado despues en un gran sillon, y dos mozos robustos, vigilados por el doctor y German, lo llevaron hasta su cuarto y hasta su lecho.

—¡Ah! ¡Qué bien está uno en su casa—exclamó mirando con ojos de ternura los ricos muebles, los cuadros, los objetos de arte y los

caprichos que le rodeaban, y que tan á punto habia estado de no volver á ver.—Me parece que aquí, mi querido doctor, mi convalecencia marchará rápidamente; tan rápidamente como la mala de Indias—añadió riéndose.

—Haceis muy bien de creerlo así—replicó el médico.—Solo necesitais descanso, una alimentacion tónica, compuesta de materias nutritivas en poca cantidad, buen sueño y pocas emociones. Con un régimen tan sencillo, recobrareis bien pronto vuestro ordinario vigor.

—¿Puedo recibir á mis amigos y departir con ellos?

—Sin duda alguna, pero lo menos posible. Hablando se anima uno y sobreviene el cansancio. Recordad, sobre todo, que hasta nueva órden prohibo en absoluto toda visita femenina. Esta prohibicion es formal, y no admite excepcion.... algunos amigos, pase; pero nada de amigas, ni una sola.

¿Qué le importaba á Héctor semejante prohibicion, toda vez que la señora de la Tour du Roy no se hallaba en Paris?

—Tranquilizaos, doctor—dijo con una sonrisa.—Se obedecerán puntualmente vuestras prescripciones. No espero ninguna amiga.

—Siendo así, todo irá bien.

—¿Puedo escribir?

—Nó.

—¿Tan solo algunas líneas?

—Ni una sola hasta que pasen cuarenta y ocho horas. No permito que tengais mas postura que la horizontal, excpto durante el corto tiempo de la comida. Una vez conseguida la completa cicatrizacion de vuestra herida, veremos; aparte de que mañana vendré y autorizaré todo aquello que no sea peligroso.

El doctor se marchó, no sin recomendar de nuevo á German que no permitiese á ninguna mujer la entrada en el cuarto del enfermo, cualquiera que fuese el pretexto que para ello alegase.

Durante el dia no recibió Héctor mas visita que la de su padre adoptivo; y Godefroy de Castel-Vivant, que no estuvo á su lado arriba de diez minutos, hacia visita de médico.

La noche fué tan reparadora y buena como la de la víspera.

Al despertar el príncipe al dia siguiente, se encontró tan fuerte y tan dispuesto que le pareció haber recobrado todas sus fuerzas.

—Antes de tres dias—se dijo,—podré salir en coche, y positivamente, antes de fin de semana, montaré á caballo.

Cerca de las nueve entró German en su cuarto, llevando en una bandeja una carta, con sello de la estafeta de Orleans.

Era el billete que escribió Lazarine el dia anterior, y que ya conocen nuestros lectores.

Excusado nos parece decir con qué amoroso arrobamiento, con qué trasporte de loca alegria leyó y releyó Héctor diez veces consecutivas esta carta, tan discretamente hábil. Al creer reconocer á la marquesa en el retrato hecho por German, no se habia forjado ninguna ilusion. La marquesa le adoraba.... queria ser su mujer dentro de un breve plazo.... se proponia abandonar á Francia y casarse en el extranjero si la fuga era necesaria para ello.

¿No era esto darle una prueba de confianza y de amor?

Debemos hacer constar que desde el incidente de la provocacion en el teatro de Variedades se efectuaba en el ánimo de Héctor un fenómeno bastante singular y de difícil explicacion que ni él mismo podia satisfactoriamente darse.

Conservaba todo su ódio para con el ex-oficial, de quien tanto se quejaba la marquesa, y que se interponia entre ellos como un obstáculo invencible, pero sin poder persuadirse de que este sér aborrecido y Marcelo Laugier fuesen una sola persona. Aborrecia al uno con todas sus fuerzas, miéntras que el otro le era sumamente simpático.

Hubiese matado con alegria al primero, y tendido con efusion su mano al segundo: doble impresion que le reproducia la carta de Lazarine.

En vano intentó analizar lo que pasaba dentro de su sér, teniendo que renunciar á una lucha que solo servia para producir una fatiga tan temida por el médico.

—Por vida mia—se dijo.—No comprendo ni una palabra. Me parece inadmisible que este jóven de tan franca y leal fisonomía sea un miserable; porque el hombre que careciendo de derechos sobre una mujer se le impone valiéndose de la amenaza, ese hombre es el mas despreciable bellaco del mundo, y sin embargo, esto es cierto, puesto que la marquesa lo asegura, y es incapaz de mentir. No me cabe duda que veo á mi adversario por un prisma demasiado favorable.... Paréceme que su aire de caballerosa lealtad es tan solo un tinte de hipocresia. He tratado muy poco á ese húsar para poder juzgarlo. Si lo encontrára de nuevo y tuviera con él una conversacion formal, ya sobre aviso procuraria descubrir lo que me oculta, y no tomaria, como se suele decir, la apariencia como realidad. Ser juguete de un amigo, pase; pero de un enemigo, sería estúpido.

El resultado de estas reflexiones hizo que

Héctor extendiese el brazo apoyando un dedo sobre el timbre que tenia á su alcance.

Acudió German y se colocó en frente de su amo en una actitud discreta y propia de un criado que espera una órden.

—¿Anteayer—le dijo el príncipe—despues de marcharse Godefroy y el señor Leroux, me habeis dado una tarjeta?

—Sí, señor.

—¿Os acordais del nombre en ella contenida?

—Perfectamente. El nombre era *Marcelo Laugier*. Es el del jóven que ha tenido el honor de batirse con el señor.

—Bajad á la porteria—repuso el hijo adoptivo de Godefroy.—Posible es que el señor Laugier venga en persona á tener noticias mias. Es hasta probable que venga. Haced que le digan, si se presenta, que tengo sumo placer en recibirle. Que anuncien su llegada con dos toques de campana, y en cuanto llegue precederle é introducirle inmediatamente.

—Está bien, señor.

Hácia las cuatro de la tarde resonaron dos campanadas en la porteria.

—Ahí debe estar nuestro húsar—se dijo el príncipe.

Y era él en efecto.

Al cabo de algunos minutos abrióse la puerta y el ayuda de cámara anunció:

—El señor Marcelo Laugier.

—Sed bien venido caballero—dijo Héctor,—acercad una silla—añadió dirigiéndose á German,—y poned una almohada mas detrás de mi espalda.

Obedeció el criado y se retiró.

Marcelo permaneció en pié junto al lecho y pareció conmovido, aunque no contrariado.

—No creais, caballero—exclamó,—que dada nuestra respectiva situacion tuviera la indiscrecion de pretender ser recibido en vuestra casa; pero me han dicho que deseabais verme.

—Tengo en ello mucho gusto—repuso Héctor.

—Así es—continó Marcelo,—que me he apresurado á subir, y tendria, os lo aseguro, una verdadera satisfaccion en estrechar vuestra mano.

—Con mucho gusto—replicó el príncipe.

El ex-oficial prosiguió, y dijo sonriendo:

—Es la de un adversario que no desea mas sino convertirse en amigo.

—No es la primera amistad que ha nacido de un duelo—dijo Héctor para eludir el contestar de un modo positivo; y ambos se dieron un apreton de manos.

Marcelo se sentó.

—Me felicito en extremo de ver por mí mismo cuan rápidos progresos hace vuestra convalecencia. Nadie diria que acabais de perder tanta sangre. Dentro de pocos dias estareis ya en pié.

—Así lo dice el médico, y es sorprendente—dijo el príncipe,—pues la estocada que me dísteis debió tenerme en cama por lo menos dos meses, como no me hubiera mandado al otro mundo, que era aún lo mas probable.

—Despues de todo un dia y una noche creí haberos muerto—continuó Marcelo Laugier,—y tenia por ello un profundo pesar, os lo aseguro. No podia perdonarme vuestra muerte, de la que, sin embargo, me hareis la justicia de creer que era inocente.

—Siempre es uno inocente del resultado de un combate leal—dijo Héctor.

—Sin duda, pero no es eso lo que quiero decir—prosiguió Marcelo.—Me refiero al combate mismo. No me arguye la conciencia de haber hecho nada para provocarlo.... ¿Podia excusar el encuentro que vuestra viveza hizo inevitable?

—Seguramente que nó.....

—Gracias á Dios, el desenlace no tendrá nada de funesto. Hasta ahora todo vá bien, y hénos aquí ahora hablando amigablemente despues de habernos querido degollar mútuamente. ¿Me permitireis ahora, caballero, tratar de esclarecer un punto de este asunto que permanece para mí completamente á oscuras?

—Os ayudaré con mucho gusto. ¿Qué punto es ese?

—El punto de partida.

—No os comprendo bien, lo confieso.

—Voy á explicarme. Vuestra insistencia en provocar una discusion entre nosotros á raíz de nuestro encuentro casual en el teatro, me ha causado siempre gran sorpresa, puesto que no me parece natural.

—¿De veras?—dijo Héctor.

—He hecho varias conjeturas, y quisiera saber si tiene algun fundamento la que me ha parecido mas verosímil.

—¿Habeis supuesto quizá—interrumpió vivamente el príncipe—que os conocia aunque yo os fuese desconocido, y que por eso buscaba querella por alguna rivalidad en alguna aventura galante?

—De ninguna manera..—replicó Marcelo con gravedad.—No podia suponer nada semejante.

—¿Por qué, pues?

—Por razones puramente personales, y que vais a saber; aunque jóven, y no haciendo profesion á principios de austera moral, vivia completamente alejado de las aventuras galantes.

Tengo un solo amor, pertenezco á una sola mujer, y ésta no es de aquellas por quienes puede haber motivo de rivalidad.

Héctor palideció, y parecióle como que su corazon saltaba en pedazos.

Marcelo hablaba de Lazarine, y el príncipe estuvo á punto de exclamar:

—Esta mujer no os ama, ni os ha amado, ni podrá amaros jamás. Sois su verdugo, su enemigo, y precisamente por librarla de vuestras persecuciones es por lo que he querido batirme con vos, y que hubiera deseado mataros.

Sin embargo, habia prometido callar, acordóse de su juramento, y murmuró:

—Continúo sin comprender una palabra. No siendo esto, ¿qué era, pues, lo que habíais supuesto?

XIV

—¿No os habeis batido jamás, no es esto?—preguntó Marcelo Laugier.

—Jamás—respondió Héctor.

—Me lo presumí—prosiguió el ex-oficial sonriéndose.—Supuse que deseabais batiros con el primero que se os antojase, fuese cualquiera el pretexto, y mi aire militar, mi bigote y cinta roja me designaron como el adversario mas conveniente, por lo que me hicísteis el honor de elegirme para este objeto. ¿Me equivoqué acaso?

—No por cierto—replicó el príncipe, procurando ocultar su confusion porque le repugnaba mentir.

—Me alegro haber acertado—continuó Marcelo tomando por formal equiescencia tan vaga respuesta.—Habeis hecho vuestro primer ensayo con un aplomo que supera á todo elogio. Habeis recibido de mi mano el bautismo de sangre, y nada se opone ahora á que sincero y cordial afecto reemplace el humor guerrero que nos puso uno en frente de otro en el campo de honor. Si la simpatia que me inspirais es recíproca, seguro es que no seguiremos indiferentes el uno para el otro. No os apresureis en contestarme.... La amistad no puede imponerse, lo conozco muy bien.... Contais desde luego con la mia: esperaré á obtener la vuestra y lo esperaré sin impaciencia, porque, tarde ó temprano, estoy seguro que la obtendré.

El embarazo de Héctor crecia con estas pa-